



LA PERSONA EDUCADA EN EL SILENCIO

¿Cómo es la persona educada en el silencio y acostumbrada a alimentarse del silencio? Posiblemente la respuesta a esta pregunta tendría una variedad de representaciones imaginarias muy amplia. Te propongo aquellos rasgos que me parecen más destacables.

■ La persona educada en el silencio es consciente de lo que ha llegado a ser. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que el silencio hace que seamos capaces de ver nuestra vida como historia (proceso) en la que percibimos acontecimientos raíces, hechos importantes en los que se apoya nuestra existencia. Y no sólo los percibimos, sino que descubrimos que unos hechos son cimiento y base de otros. No somos caos ni «lo que sale». Nuestra vida tiene hilo conductor. Unos hechos explican otros y posibilitan el futuro. Hemos llegado donde ahora estamos porque una trama de acontecimientos lo permitió. El silencio nos permite ordenar nuestro caos y dar nombre a lo que la vida nos ha regalado. Es todo lo contrario de vivir en la superficialidad, en el ruido, en una interminable sucesión de «cosas» que no tienen trabazón lógica.

El silencio de cada día nos lleva a «ordenar» lo que nos pasa y a descubrir la corriente de agua por la que navegamos día tras día: sentimientos, luces que se encienden, gustos que tenemos, opciones que hacemos...

■ La persona educada en el silencio reconoce sus límites. Reconocer los propios límites es sabiduría. Cuando lo único que nos alimenta es lo que hacemos con nuestras manos, la gran tentación es hacer mucho, no tener huecos libres en la agenda para «no hacer nada». El final suele ser un gran vacío o una ruptura personal por falta de sentido... Es insoportable hacerse la pregunta: «¿quién soy yo?» y encontrarse con que «yo soy lo que hago». Cuando yo soy lo que hago, la tragedia es que no soy. Es lo que hoy rompe a muchas personas interiormente. Se ha identificado ser y hacer, y el hacer ha eclipsado al ser. El silencio nos lleva a reconocernos personas con sentimientos, deseos, amor, fragilidad, capacidades personales, límites... Aceptar lo que soy y los límites que tengo es básico para quererme y para no pretender grandezas que superan mi capacidad (Sal 130). Si queremos saber en qué consiste de verdad «no pretender grandezas que superan mi capacidad», hay que hacer silencio y encontrar el cimiento de nuestra vida. Para el creyente, ese cimiento no es otro que el Dios en quien confía. San Agustín lo expresó, como confesión personal, curando escribió: «Porque tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío» (Confesiones 3,6,11).

■ La persona educada en el silencio es una persona abierta a la realidad. Hay esquemas de representación que nos llevan a imaginar la persona silenciosa como una persona mojigata que no abre los ojos, que no es de este mundo, una persona asustadiza, que no pisa tierra. Nada más lejos de la verdad. La persona educada en el silencio es una persona que, justamente porque sus bases están en tierra sólida, no se asusta de nada ni por nada. No son las cosas su columna vertebral, por eso las cosas no le tambalean. La persona profunda no tiene miedo a lo que pasa y no se queda en lo que pasa, sino que sabe analizarlo, situarlo, reorientarlo... La persona silenciosa es profunda y mira sin ser mirona; mira sin ser fisgona. Mira para contemplar, para llegar al corazón de la realidad. Por eso admira y es admirable. Nadie como la persona de hondo silencio sabe comprender a las personas y sabe discernir la paja del grano. En lo más corriente de lo que acontece, sabe formular preguntas importantes, sabe interrogarse e interrogar a otros... El silencio que lleva a la interioridad nunca es evasión porque las cosas nos van mal o porque nos estorban los hombres. El silencio no es huida de nadie ni de nada. Es búsqueda de nosotros mismos porque, estando en contacto con nosotros mismos, es como mejor podemos relacionarnos con Dios, con los otros, con la realidad.

■ La persona educada en el silencio es amante de la verdad. La verdad no se equipara a una categoría



de razón ni se puede reducir a pura lógica. La verdad es alcanzar la completa posesión de sí mismo, la plenitud. La verdad es conocer y, sobre todo, conocerse. Pero en la persona humana el conocimiento es más que fórmulas. El conocimiento es amor, libertad, íntimos deseos, duda, búsqueda, camino, futuro, tierra prometida... Siempre caminando hacia ella y siempre más allá... La verdad no es posesión, es camino. Los que hacen de la verdad posesión, se estancan. Poseedores de la verdad, ya no buscan y enjuician todo, a todos... desde su posición. La verdad es tarea. Se alcanza desbrozando las pequeñas verdades absolutizadas. La verdad es camino por el que se circula con la propia luz interior y con la Luz que nos viene de fuera; hay tramos que sólo son transitables con ayuda de otras luces, de otra Luz. Ver la verdad pide aceptar iluminación...

■ La persona educada en el silencio es feliz. Los santos tristes hacen mucho daño al Evangelio. Los santos que no son de este mundo tienen poco atractivo. Necesitamos santos de a pie, de los que viven con la gente, de los que aman a la gente y se dan a la gente, de los que marcan caminos en medio de la niebla, de los que tienen ojos de profetas y agua del pozo de la samaritana... Necesitamos santos que vivan nuestra vida y la vivan desde el silencio y la contemplación para que nos den razones para vivir. Necesitamos gente a quien el Evangelio le haga feliz. Felicidad, santidad y alegría no están reñidas con nada de lo verdaderamente humano o humanizable. ¿Qué más fuente de felicidad y alegría que beber el agua fresca del propio pozo? ¿Qué mejor aliento para vivir que el aliento del Dios de la creación?

Álvaro Ginel Vielva- Director de Revista "Misión Joven"